



El Defensor del Subalterno

DE CORREOS

Número 3

PORTAVOZ DEL SINDICATO

Madrid, 15 de septiembre de 1934

EDITORIAL

Todos tratan de satisfacer con sermones más o menos enérgicos la justicia carente en el proletariado; ésta, que cada día se aleja en rumbos de confusionsmo, y en la mente de esa verborrea satírica y descabellada pretende ocultar la verdad del factor que los envuelve. Mas la lógica y la razón imperan sobre nosotros para que, de la manera más decidida y clara, nos entreguemos, material y espiritualmente, con nuestro esfuerzo a contribuir y reforzar la obra del proletariado, que en su hora final trata de consolidar.

Cuando en tantas y repetidas ocasiones han regalado nuestros oídos con palabras de políticos averiados y frases democráticas y latiguillos liberales—éstos muy lejos de la realidad—, parecía abrirse un nuevo horizonte desde los tajos de nuestra esclavitud; pero pasada aquella etapa que desde las tribunas públicas se sembraba a voleo la justicia, descendía sobre nosotros la obscuridad de la ley, desbordada de sus cauces legales y empañando la mirada que hacia el campo de la justicia lanzábamos como explotados.

Todo contribuye, que hoy, cuando desde el área política nos llaman para bañarnos en justicia, examinemos su base ficticia y en ella encontramos no solamente su desnuda autoridad, sino que en ella también una galantería rebozada en ley y falta en su principio de comprensión.

Justicia, sí; pero justicia que sea asequible y nacida en el sentimiento humano; no esta justicia que pretenden servir los encopetados y miopes enseñorados, que, lejos de aquilatar nuestras ansias en un plano de lógica verdad, su fin primordial es inyectar calmantes para someter al sueño la causa que, puesta en pie, vive y exige la revolución social. Vivir por vivir, no. Luchar para vivir, sí.

Vacíos de egoísmos personales y sedientos de lucha volvemos impulsados por el espíritu del deseo a exigir **Federación**. Día tras día aparece ante nosotros como movidos sin presión normal los que, lanzando coletazos en sus últimos momentos, quieren engalanar la historia de los traidores con escarnios y vilezas que a rienda suelta lanzan sobre todos aquellos que, conscientes del deber, repudian su acongojada vida de quienes se curan con el lenitivo de la traición.

Nosotros, que somos los menos, y por parte los más indocumentos por nuestra condición social, vemos cómo los agros y sietemesinos muerden sus iras coléricas ante la impotencia del deribo de nuestra vida sindical.

Salud, consejeros de apanajes, rectores catecismales, serviles capitalistas: en la pila leprosa que co-mulgáis tenéis inscrita vuestra condición social; como hombres conscientes vamos donde queremos, no donde nos queréis llevar.

DIVAGACIONES

Lucha de clases

Tema es éste de capitalísima importancia y todavía no ha sido abordado por nadie de nuestra Organización. Unos, cual me sucede a mí, por falta de conocimientos; otros, los que los tienen, por apatía. La piedra angular de nuestro Reglamento permanece inédita. Hemos aceptado la lucha de clases sin saber lo que significa.

Compañeros hay más autorizados que pudieran saciar mi curiosidad y la de otros muchos. Pero ya que éstos no lo hacen, voy a iniciar yo esta tarea, no con la pretensión de enseñar, sino con la de estimular a otros a que nos la enseñen.

Dijo Bakunin: «Las reivindicaciones de los trabajadores ha de ser obra de su propio esfuerzo.» Es decir, que la defensa de sus intereses no ha de confiarlos a nadie que no sea el Sindicato donde estén enrolados sus compañeros de clase, sin que esto quiera decir que con estar afiliado y pagar la cuota estipulada han cumplido su misión. Han de estar siempre pendientes de los conflictos que surjan, asistir a

sus Asambleas, exigir de los elementos representantes o directivos el exacto cumplimiento de los mandatos que se les encomiende en las mismas, sin dejarse nunca sugestionar por su verborrea, pues en todas partes surgen elementos desaprensivos que explotan su facilidad de expresión para halagar a las muchedumbres ignaras (cosa harto fácil) y llevan encubierta una segunda intención, que tan serias consecuencias acarrea a las organizaciones: egoísmo, pedantería, apetencias de mando, etc. Pues no olvidemos que en repetidas ocasiones los dirigentes han entregado a las organizaciones, y con éstas a los trabajadores, atados de pies y manos, al egoísmo insaciable de la burguesía, a cambio de unas miserables monedas o un enchufe, como hemos dado en llamar.

Ahora bien: ¿son éstos los responsables de que los Sindicatos cumplan más o menos su finalidad, sean más o menos revolucionarios? No. Por regla general, es debido a la apatía de los sindicatos o de concederles exceso de importancia o autoridad. Por el contrario, exigiendo el fiel cumplimiento de los acuerdos emanados de las Asambleas y la consulta a éstas antes de tomar ninguna determinación, des-

aparece el peligro de arrastrarla por caminos escabrosos.

Donde se dan con más frecuencia estos hechos de desviación y traiciones es en aquellos Sindicatos o Federaciones que tienen cierta concomitancia con los partidos políticos; y la razón es bien clara y sencilla.

Todo partido político, si ha de temer alguna solidez, ha de apoyarse necesariamente en organizaciones populares, y éstas han de ser siempre de trabajadores; de una parte, porque es fuerza positiva, puesto que es la palanca que todo lo mueve, de otra, y ésta es la principal, porque es más fácil hipnotizarles, dados sus escasos conocimientos, que ellos se encargan de que no los superemos, para así domarlos a su antojo.

Todos, absolutamente todos los políticos, derecha, izquierda y centro, en períodos preelectorales y desde la oposición hasta que consiguen escalar las poltronas, todo es ofertas, a sabiendas que de lo que ofrecen nada o muy poco pueden dar. Lo interesante es el acta de diputado, la cartera etc., y cuando ya lo han conseguido hacen lo que Thiers, que en una ocasión le decía uno de sus electores «¿Cuándo da usted cumplimiento a lo que nos ofreció?» A lo que él contestó. «Cierto que lo prometí; lo que nunca he prometido es cumplirlo.»

Cuando están en la oposición nos enfrascan con palabras, vacías en absoluto de sinceridad. Hay que exterminar a la burguesía y a estos gobiernos, que son la ruina del país—dicen—; pero cuando ellos cambian de situación, que pasan a ser conserjes y lacayos del capital, ya entonces cambian las cosas.

Ya no hay que descuartizar burgueses. Ha de procurarse hermanar al capital y al trabajo. ¡Con qué contumacia nos engañan!

DIóGENES
(Continuará.)

Siguen las provocaciones

¿Qué se pretende?

Se ha recibido en esta Redacción la denuncia de un hecho tan monstruoso, tan cabominable que, de no verlo, hubiésemos dudado en creer.

El día 31 del pasado mes de agosto, en la Estafeta de Alcance Norte, de Madrid, son llamados siete compañeros al despacho del jefe y a cada uno se entrega un pliego de cargos.

Los hechos que se les imputa es haberse negado a conducir una carretilla eléctrica cargada de Prensa para el ligero de Valladolid, el día 15 del mismo mes.

Por lo que se desprende de éstos, la negativa había sido colectiva (qué casualidad), pero se da el caso paradójico que, ni en colectividad ni individualmente, nadie vió al inspector de servicio, que es quien dió el parte, en toda la mañana, hasta el extremo de no saber si hubo o no inspector de servicio aquel día hasta no comunicarles la nueva que comentamos.

Pero hay más. No solamente no saben los interesados que entendemos deben ser los primeros en enterarse, sino que, de los siete expedientados, tres no estaban ni si quiera en Madrid. Uno, en Gijón, con permiso de verano; otro, en Toledo (hágase notar que este compañero se encontraba en dicha locali-

dad con motivo de la muerte de su madre, a la que dió sepultura en esa misma fecha), y el otro, libre, o sea descanso semanal.

¿Qué se pretende? ¿Qué sombra macabra nos persigue? ¿Acaso se busca otra provocación como la de Oviedo? No nos interesa. Despreciamos estas cobardes y viles maniobras.

Si con esto se pretende arrastrarnos a una lucha fratricida, dondè dejemos jirones de nuestra carne y organización, van muy equivocados. No aceptamos la guerra en el terreno que nos la plante en. Si quieren guerra, la tendrán; pero, no sean impacientes será cuando y como a nosotros nos venga en gana.

Esto no quiere decir que renunciemos a la lucha o defensa de momento, no. Haremos uso de todos los medios que estén a nuestro alcance, a la par que desenmascarar a los hipócritas que se mueven al amparo de las sombras.

Alrededor de este asunto tenemos una pista y creemos que segura, pero no queremos prejuzgar las cosas. En otro número concretaremos más y daremos nombres para que todos les conozcamos.

Tenemos entendido que no es el inspector el responsable, sino un oficialillo muy tonto y como todo idiota, de muy mala intención, que indujo al inspector para que diera el parte, como puede verse caprichoso.

Lo que no sabemos es si se mueve por su propia cuenta o responde a iniciativa de algún torero, agrario, Primo de Rivera o cosa así. Ya nos enteraremos.

¿Es cierto, señor Cid, que han ascendido subalternos de 1.500 pesetas que proceden de la interinidad, a 2.500 pesetas, no habiéndose publicado su ascenso en el «D. O. de Comunicaciones»? Si es cierto, ¿a qué obedece tal distracción?

AFIRMACIONES

Aparece EL DEFENSOR DEL SUBALTERNO DE CORREOS, y desconociendo en absoluto quiénes forman su cuadro de redacción, a pesar de ser un miembro del C. L., como siempre batallador constante en el palenque de las letras, quiero hacer hoy unas «Afirmaciones» que a mí me parecen muy convenientes, si se quiere que nuestro Sindicato de Subalternos de Correos responda a la realidad y no sea un «tira y afloja» que por su labor insustancial y negativa y por su contextura y disposición se pueda denominar «juego de niños».

Me duele en el alma ver aparecer el primer número de nuestro DEFENSOR DEL SUBALTERNO tan demedrado y escuálido; pues mi deseo hubiera sido ver el retorno de nuestro periódico «Unión», más pujante que antes y que con más arrestos fuera el paladín incansable que pregonara a los cuatro vientos todas las necesidades de los demás trabajadores en el Cuerpo de Comunicaciones y no esta «Hoja Subalterna», que a mí me causa el efecto de una desbandada, de una parte de la que fué y es hoy casi extinguida Federación de Trabajadores Postales.

Un periódico que no sea el defensor acérrimo de toda una Corporación, es como el coleteo de esos reptiles que, desprendida su cabeza del tronco, dan saltos inconscientemente hasta que no terminan su fuerza vital. Bien está que cada parte agrupada de

una organización más o menos potente tenga su «Boletín» en donde aparezcan las altas y bajas; el estado de cuentas y todas las minucias e interioridades incoherentes a una entidad; pero pretender hacer un periódico defensor de mil afiliados en un conglomerado de treinta mil, son ganas de perder lastimosamente el tiempo, según mi parco saber y entender. No se necesita ser uno de los siete sabios de Grecia para comprender que es cierta esta afirmación, y sería una obra titánica y muy digna de loa, quien consiguiera que nuestro difunto periódico «Unión» se transformara, aunque fuera por arte magia, en otro que muy bien pudiera llamarse «Federación».

Los técnicos, las auxiliares, los urbanos, los suabalternos y los rurales tienen la palabra y la iniciativa para emprender de nuevo esta magna obra que sirva de regeneración, cultura y, al propio tiempo, que sea barricada defensiva.

Tengo dicho en más de un artículo que si las partes que forman un cuerpo son deficientes, éste, indudablemente, ha de adolecer de los mismos defectos de los componentes que lo constituyen. Esto viene a colación porque tanto en nuestro Sindicato como creo que ocurra en los demás Sindicatos que integran el Cuerpo de Correos, en donde hay tantos prejuicios que corregir y tantas deficiencias que enmendar, no se comienza por una intensa labor depuradora, en nuestro modo de hacer y de pensar, sucederá, indefectiblemente, que cuantos trabajos para redimirnos de nuestra esclavitud moral y económica, se perderán en el campo de la esterilidad. «Renovarse o perecer», dijo el filósofo, y es ésta una sentencia de la cual no se puede escapar ningún individuo, y, como es consiguiente, ninguna colectividad.

Es una afirmación rotunda que no admite controversia la de que nuestro Sindicato, por todos los conceptos y por todos los lados en que se le mire, debido, sin duda alguna, a que el cincuenta por ciento de los que pertenecemos a él desconocemos por completo las más elementales reglas sindicales, necesita remozarse un poco, si no queremos que el resquemor y la envidia estén a la orden del día y el desbarajuste y la inercia sea el tema de cada hora y de cada momento.

A mi entender, no es un Sindicato una sociedad recreativa a la que cada cual vaya a esparcir sus ocios y su ineptitud, sino que, por razones opuestas, debe ser una agrupación de individuos capacitados y de buena voluntad que estén siempre dispuestos a deponer su egoísmo particular en beneficio del bien colectivo, y, como lógica consecuencia, todo lo que no sea esto y sea sólo saciar cada cual su apetito, sin fijarse para nada en si están o no cubiertas las necesidades del compañero, no se responderá jamás, en estas condiciones, a una sindicación ordenada y perfecta.

Muy a menudo oímos una serie de lamentaciones cuando nos damos cuenta de la dejadez y apatía empleada por los de arriba para resolver nuestros problemas reivindicativos, y no nos paramos a considerar que hay muchos que con sólo insinuar que va a perder alguna de sus ventajas adquiridas por arte de milagro para beneficiar a su compañero, basta esto sólo para que pongan el grito en el cielo. Le importa un comino el Sindicato, el compañerismo y lo que digan los demás; se aferran al refrán de «Vaya yo caliente y que se ría la gente» y se

quedan tan tranquilos. Yo propondría a los que hacen cuatro horas extraordinarias, por no señalar otras concesiones, que cedieran una tan sólo para beneficiar algo al compañero que únicamente tiene su sueldo mondo y birondo, y aseguro que un crecido tanto por ciento pondrían mil reparos antes de conceder esta gracia.

Termino estas «afirmaciones», que las haría interminables, resumiendo en diez las virtudes que ha de atesorar todo individuo si pretende ser un buen sindicado: 1.^a Mentalidad depurada. 2.^a Afán de cultura. 3.^a Serenidad para pensar. 4.^a Valor para pedir. 5.^a No engreírse demasiado. 6.^a No empequeñecerse tampoco. 7.^a Ni envidioso ni envidiado. 8.^a No criticar con largueza. 9.^a Fraternidad sindical; y 10. Amor al Sindicato.

JULIO PEREZ AVILES

¿Qué rumbo ha tomado el expediente administrativo instruido contra el subalterno Francisco Muñoz, en la época de la huelga de Artes Gráficas? Si en el Tribunal de Urgencia se absolvió a este compañero por no encontrar materia delictiva, ¿a qué conduce que al administrativo no se le hayan visto las orejas?

¿Qué causas abriga al ministro de Comunicaciones para retener el fallo que se dicte contra el aludido compañero? ¡Que se vea! ¡Que se vea!

La verdad de la rebeldía

Llevamos dos años esperando a que los titulares que han ocupado la poltrona ministerial de Comunicaciones estudien las necesidades del personal; pero, por lo que parece, y dado el tiempo transcurrido, no se han molestado en tomar ninguna determinación a este respecto.

Hemos llegado ya el personal subalterno de Correos a una situación insostenible, tanto en el aspecto moral como económico. En éste, dada la carestía de la vida, los sueldos—si se les puede dar este nombre—son de verdadera tragedia familiar al final de cada mes; y en aquél, nos encontramos que las migajas obtenidas en los primeros tiempos de la República han sido cercenadas de un plumazo por los que han venido a la gobernación—más bien desgobernación—del Estado, a pacificar los espíritus.

Todos creímos que al votarse la ley de Bases en las Constituyentes nuestra situación en los dos aspectos mejoraría; pero, ¡oh fatalidad!, dicha ley ha resultado ser una de tantas disposiciones que duermen el sueño de la eternidad, y solamente ha dejado un pequeño recuerdo que ha pasado para no volver, si los pontífices no piensan otra cosa.

Existen en la actualidad, como muy bien recordaba en el último mitin de afirmación sindical el compañero Puerta, gran cantidad de compañeros con el sueldo de 1.500 pesetas, sueldo que sonroja que esté en vigor en una mal llamada República de trabajadores; un crecido número de 2.500; unos cuantos de 3.000, y dos de 3.500. Con estos datos todavía existe el criterio en las alturas de mantener estos sueldos para honra y prez de esta República de guardias de Asalto y agrarios.

Comprendemos que los que disfrutan remuneraciones más elevadas no puedan, si sacrificio es, el aumentar su consignación; pero en los que vemos

La Redacción del periódico está compuesta por los compañeros siguientes: Delfín Eusebio, director y gerente; Francisco Calvo, administrador; Germán Puerta y Rogelio Narro, redactores. Aparece los días 15 y 30

nuestra situación económica de por sí maltrecha y hoy agravada por la elevación de los artículos de primera necesidad, es someternos al sacrificio y por ende a fenecer sin ninguna reivindicación moral ni material.

Esto es lo que nos han hecho hoy y nos harán mañana los Gobiernos burgueses; creen y piensan que los que padecemos hambre de justicia, con el látigo enarbolado y dispuestos a aporrearnos, consiguen algo con la persecución, y tachar de rebelde a quienes, si algo quieren, es que la justicia no exista y por ende los privilegios quedan anulados, en beneficio de todos. Esta es la rebeldía que anida en los Cuerpos de Comunicaciones y el arma que esgrime el ministro del Ramo y por qué las persecuciones constantes de que son objeto los Sindicatos Postales.

F. CALVO

Sin ánimo de polemizar

Con el título «Problemas sindicales», desde estas mismas columnas, en el número anterior, el camarada Palop me dirige la siguiente pregunta:

«¿Cómo no pensó en lo mismo cuando la Sección de Madrid se pronunció en contra del acuerdo recaído en nuestro último Congreso, que después de tomar un acuerdo en firme y nombrar una Comisión, separada de la C. E., para que interviniera directamente con el S. M., la C. E. la tuvo que someter a referéndum, y aquellos mismos delegados que votaron la separación luego votaron lo contrario?»

Sería prolijo y baladí pararse a hacer una defensa personal, que rechazo, a pesar de la inexactitud de los hechos que se me imputan, ya que, los asuntos personales tienen para mí un valor muy relativo. Pero hay en el fondo de esta cuestión algo de más envergadura que el compañero Palop silencio, o trata de ocultar, por falta de memoria, torcida interpretación o, sencillamente, por ganas de zaherirme.

En cualquiera de los casos, y sin ánimo de entablar polémica, bueno será dediquemos algunas líneas a este asunto, que bien vale la pena.

Nunca estuvo en mi ánimo oponerme a la separación del S. M. del Sindicato. Todo lo que dije en la Asamblea a que Palop se refiere es que no me parecía bien que los no sindicados tendrían parte en el S. M., porque al enemigo del Sindicato le repudio; pero nada más. Lo que mereció mi protesta airada fué la actuación de los delegados al Congreso.

Yo no tengo la culpa que una mala interpretación del entonces C. L. al comunicar el acuerdo a la Ejecutiva haya dado lugar a estas cosas.

Recriminé la conducta de los delegados, es cierto; pero no porque se hubiere o no separado el S. M. del Sindicato lo que me pareció, y me sigue pareciendo, no ya bien, sino necesario, imprescindible.

Lo que condené, y no rectifico, es que los delegados obrasen caprichosamente en asunto tan delicado, cual es renovar o modificar un Reglamento; esto es, dar nueva estructuración a un Sindicato sin

la aquiescencia de la Organización. ¿Que había delegados que de sus Asambleas o regiones tenían mandato concreto? No lo sé. No me interesa ni trato de discutirlo.

Lo cierto es que en el orden del día no iba inserto este punto y no debió discutirse. A lo sumo, lo que puede hacerse en estos casos es aquella o aquellas regionales que discrepen con determinados artículos del Reglamento, denunciarlo al Congreso y discutirse en el próximo, nunca en éste, aun cuando lo quiera el noventa y nueve por ciento.

La máxima autoridad de las organizaciones radica en los acuerdos de sus Congresos; pero para esto es preciso que los delegados vayan a estos comicios revestidos de autoridad emanada de sus asambleas.

Hay infinidad de asuntos que puede el Congreso estudiar y hasta tomar acuerdos sin que figuren en el orden del día; pero nunca la reforma del Reglamento.

Una sola Regional que no esté de acuerdo tiene potestad para denunciarlo, someterlo a referéndum y hasta no acatarlo.

No son los Sindicatos de lucha partidos políticos donde se acatan las órdenes del jefe. Aquí, los acuerdos han de ser tomados de abajo arriba, no de arriba abajo, es decir, de las Asambleas a los Congresos, no de éstos a aquéllas.

Los delegados son simples mandatarios de las Asambleas, y la obligación de éstos es defender sus puntos de vista, no personales, sino colectivos, aun cuando en las votaciones tenga que admitir la ley de mayorías. Dejarles en libertad para obrar por su cuenta encierra un grave peligro, que el compañero Palop no puede ignorar.

Así, pues, quede bien sentado: el secretario de la Regional de Madrid no pasará por este tamiz en cuestiones de trascendencia, cual es la que me ocupa, sin mi pritesta de cualquier exceso de autoridad, sea de mala o de buena fe.

Germán PUERTA

¿Es cierto que los subalternos que tienen 1.500 pesetas (que ya es tener) van a seguir con el mismo haber en los próximos Presupuestos?

* * *

¿Por qué se establecen castas entre los subalternos de Correos, abonando en Barcelona a 1,50 pesetas la hora extraordinaria, y en el resto donde se hacen, que sólo será en Madrid, se pagan a 1,25 pesetas? ¿Es que estos 25 céntimos son los que corresponden descontar para pagar a los explotados curritas?

Señor Cid: ¿Ascenderán los subalternos de 1.500 pesetas el año próximo? ¿Se pondrán en vigor los quinquenios?

Si los que elaboran las leyes las conculcan, ¿qué haremos los profanos?

Compañero: Piensa qué tus intereses están junto a los de tu clase; únete a ellos y, unidos, exigir vuestros derechos.

GRÁFICAS NACIONAL.—ABASCAL, 4. MADRID